

El Príncipe Feliz

de Oscar Wilde

Poemas para niños

FERNANDO BINVIGNAT MARIN

PREFACIO

Nada más concordante con el espíritu de Binvignat que el lirismo decorativo de Oscar Wilde, en “El Príncipe Feliz”. Convertir la estructura prosística de dicho cuento en estructura poemática, ha significado para Binvignat un remover su propia sustancia espiritual, hecha de un lirismo sin violencia, con el humano propósito de sembrar de belleza el mundo de los niños.

Binvignat, ya lo sabemos, es un apasionado de la belleza que para él es el meollo del mundo. Como Flaubert y Gautier, Baudelaire y tantos otros, plantea la teoría del arte por el arte, porque el poeta no pretende demostrar nada y, como Oscar Wilde, es un genial compositor de músicas verbales.

Binvignat se siente a sus anchas ante la prosa de Wilde, “milagro de gracia, de armonía y de claridad”; tan claro y sencillo que en muchos países europeos se usan algunos de sus libros como texto de inglés en las escuelas.

Con singular clarividencia Binvignat entrega su “Príncipe Feliz”, a los niños de las escuelas chilenas, para que disfruten del lirismo, de la ternura, del ingenio de Wilde, pero retomado con el propio lenguaje del poeta, en su conocida y apreciada diafanidad, logrando casi un

milagro de complementación para llegar fácilmente a la comprensión y a la sensibilidad infantil.

El propio Wilde define sus bellos cuentos diciendo: "Son estudios en prosa, puestos por amor de la fábula en forma imaginativa: en parte para niños y en parte para aquellos mayores que han conservado la facultad infantil de maravillarse y regocijarse, y que encuentran en la simplicidad una sutil extrañeza".

Gracias, querido poeta, por tan considerable contribución a mejorar la calidad de los recursos que requieren los maestros para elevar la educación.

Alejandro Covarrubias Zagal

Este era un Príncipe...

En su columnita de ónice
está el Príncipe Feliz
revestido de oro fino
tal si fuera un querubín.
Dos zafiros en los ojos
y en la espada, un gran rubí,
un rubí que el sol dejara
para el dedo del jazmín.
Tiene el corazón de plomo
que no es cosa baladí.
(Niños: guardad el secreto
que es un pecado mentir).

En su columnita de ónice
está el Príncipe Feliz.

Soñando está con su infancia
tan próxima como abril
es de enero. El no tenía
sino palacio y jardín.
Las mariposas volaban
en una ronda sin fin.

Era la luna en las rosas
el madrigal del marfil.
Y en el agua de la fuente
la luz era un colibrí.

En su columnita de ónice
está el Príncipe Feliz.

Soñando está con su infancia:
quiere llorar y reír.
Todo cuanto le enseñaron
con un lenguaje gentil
sólo fue juguetería
de escaparate servil.
Hombres-muñecos y reyes
de sucia estopa y barniz.
Nunca voló tras los muros
su corazón infantil.
que la vida que viviera
no supo del verso gris.
En su columnita de ónice
está el Príncipe Feliz,
revestido de oro fino
tal si fuera un querubín.

NOTA: Esta versión poética de "El Príncipe Feliz" fue lo último que escribió Fernando Binvignat, asiduo colaborador de ATENEA durante varios lustros.

Erase una golondrina...

Sucedió que una mañana
arribó a la gran ciudad
la golondrina viajera
de este cuento de cristal.
Tiza gris rayando el cielo
parecía en su volar
o una flecha disparada
por el arco azul del mar.
Sus hermanas, para Egipto
partieron un mes atrás,
y ella, la más pequeña,
se perdió en la soledad.
De un bello junco de nieve,
doncel puro y musical,
se enamoró como lo hacen
las doncellas de verdad.
Pero el junco, —¡era tan pobre!—
nada le podía dar.
En su corazón, la brisa
nido tenía, y panal.
Así es que con el desdén
pagó su venalidad
el bello junco de nieve,
doncel puro y musical.

La golondrina viajera,
al llegar a la ciudad
con un orgullo de reina,
muy propio de su edad,
buscó morada radiante,
alero de catedral.

La fatiga traicionera
hizo su sueño agua y sal
y así fue como la errante
golondrinita fue a dar
a la estatua misteriosa
de la plaza principal:
la del Príncipe Feliz
de este cuento de cristal.

Un niño enfermo, una madre...

Llora el Príncipe, y el llanto
la golondrina ha sentido
sobre su pecho. La seda
de su plumaje da brillo
como una joya. ¡Es un Príncipe
y está llorando, Dios mío!
¿Por qué llora así? La estatua
deshoja su flor de olvido
y recordando las horas
de su trance entre los vivos,
cuéntale a la golondrina
su dolor por lo que ha visto
ahora que desde lo alto
mira con ojos dormidos
las miserias de los hombres,
sus luchas sin heroísmos,
sus esperanzas de niebla,
sus desolados designios.
—Sólo el oro podrá hacerles
felices. Es su destino.
(La golondrina no sabe
lo que es ser pobre o ser rico).

En la sórdida vivienda
la madre cose. Es su oficio
bordar flores en la seda
de cortesanos vestidos.
A veces las pasionarias
llevan sangre entre sus hilos.

En el camastro, la fiebre
espanta el sueño del hijo.

Criatura que padece
como si al recién nacido
se lo llevaran las brujas
por un campo de cuchillos.

—Golondrina, —ruega el Príncipe—,
por esa madre te pido,
lleva el rubí de mi espada

para que se salve el niño.
La golondrina vacila
y le duele consentirlo,
pero el Príncipe ha llorado
con lágrimas de rocío
y su voz es como un pétalo,
como el vellón de un gemido.
—Haz lo que te pido, implora,
para que se salve el niño.

Y así fue como a la noche
entre la sombra y el frío
fue mensajera del Príncipe
que en su dolor la bendijo,
y cómo la costurera
veló el sueño de su hijo
al que besó con ternura
como la luna a los lirios.

Un hombre escribe un poema

Golondrina, dice el Príncipe,
en la más humilde estancia
un hombre, lleno de angustia,
medita, sueña, trabaja.
Sobre las cuartillas frías,
perezosas como larvas,
con su geometría torpe
van y vienen las palabras.
Ese hombre escribe un poema;
debe terminarlo al alba.
Pero no tiene otro abrigo
que la lumbre de su lámpara,
ni otro amigo que el silencio
que atisba por la ventana,
ni otro sustento que el frío
que nieva en sus manos pálidas.
—Golondrinita, llevadle
para saciar su esperanza

un zafiro de mis ojos,
—no vale más que sus lágrimas—
por él sabrá de una estrella
en el invierno de su alma.

La golondrina pregunta
por qué esas cosas extrañas
de los hombres, sus tristezas,
sus penurias y sus ansias.
Ella no sabe otra cosa
que volar, volar... Sus alas
trizan el verso del viento
y el espejo de las aguas.
Los hombres, en cambio, lloran
para fabricar palabras.
—Haz lo que te pido, ruega
el Príncipe.

En la buharda
y entre violetas dormidas
hay una luz extasiada.

Y así fue como aquel hombre
pudo terminar la página
con el dolor del zafiro
y el corazón de su lámpara.

La pobre vendedorcita.

—¿Golondrinita, otra noche
quieres quedarte conmigo?
En la plazoleta hay una
niña que llora. Ha caído
toda su venta al arroyo.
No tiene un céntimo. El frío
le clava sus alfileres
como puñales finísimos.
Teme el regreso. Su padre
le dará el más cruel castigo.
Y será feliz, en cambio,

si le entregas el zafiro
que me queda. Golondrina,
haz, por Dios, lo que te pido.

—Quedarás ciego, y Dios nunca
me perdonará.

Y Dios quiso
que la niña, aquella noche,
recobrar lo perdido:
monedas para su padre;
para su alma, regocijo.

Lloró la golondrinita
y fue su llanto, rocío
Resplandecía en su pecho,
como una estrella, un zafiro.

—Amado Príncipe, quiero
tu corazón para un nido!

Coloquio de penas.

—He visto cosas hermosas
más hermosas que tus lágrimas.
Cómo en luna de jazmín
el trino y la brisa cuajan.
Cómo el sol abre la rosa
en la rama de las aguas.
Cómo el Dios de las abejas
rige la dulzura intacta.
Y cómo las mariposas
hacen la música blanca.

Pero no has visto la noche
que ahuyenta las campanas,
ni el dolor de ojos vacíos,
ni el rencor de manos pálidas,
ni la angustia de los niños

con sus manos extenuadas,
ni el odio que abre su espina
en las miserias humanas.

—He visto bellos caminos,
collares de las distancias,
ciudades de oro y de mármol,
mares de dulce esmeralda.
He visto torres de gloria
como romances y espadas.
Y estrellas que florecían
como gardenias de plata.

—Pero no has visto la lucha
que desangra sin palabras,
como los corales mudos
en el hondor de las aguas.
Tú no has visto la miseria
como mendiga fantasma.
Ve, golondrinita, y cuéntame
lo que veas por las plazas
y por las calles.

El viento,
mensajero de nostalgias,
golpea en todas las puertas
con sus nudillos de escarcha.
La golondrina vuela
sobre la ciudad. Sus alas
rasgando van el silencio
como dos azules dagas.
La soledad en el cielo,
barca sin remos ni jarcias,
navega en hialinos mares
como un témpano fantasma.

—Amado Príncipe, he visto
sólo el invierno en las caras.
En los palacios la orgía
es un estruendo de llamas.
En los suburbios, el pobre

come el pan de su desgracia.
Los niños son como flores
que la ventisca apuñala.

Golondrina, de oro fino
soy de la frente a las plantas.
De hoja por hoja repártelo
entre los pobres. Mi alma
tendrá otro brillo mayor
que el del oro y de la plata.
Serán felices los hombres
con la riqueza en sus casas
y hasta en tugurios de invierno
habrá fiesta de esperanzas.
Obedécele otra vez
la golondrina. Hasta el alba
fue mensajera del Príncipe:
oro y amor en las casas.
Los hombres fueron dichosos
y los niños, en las plazas,
con su alegría y la nieve
fabricaron las montañas,
y construyeron palacios
habitados por estatuas.

Amor, pasión y muerte.

Ciego se ha quedado el Príncipe,
ciego para siempre. Los
zafiros que eran sus ojos
fueron el pan y la flor,
la paz, el sueño y la dicha,
la esperanza y la canción.

Todo el oro de su estatua
—antes fue un lirio de sol—
lo repartió entre los pobres
su mensajera de amor.

Ahora es todo de hierro,
metal plebeyo y feroz.

Para colmar su amargura
de plomo es su corazón.

La golondrina se muere.
—Amado Príncipe, adiós.
Quiero besarte en los labios
porque te amo. ¿No es el amor
más grande que la miseria
y más brillante que el sol?

La mortaja de la nieve
su cuerpecito cubrió.
Lloró el Príncipe Feliz
como el rocío en la flor.

Dos ángeles les trajeron
del cielo la bendición
y hasta el cielo se llevaron
de la tierra lo mejor:
una golondrina muerta;
de un Príncipe, el corazón.

En las mansiones del cielo
ahora moran los dos.
Tienen jardines de estrellas
y un palacio de oro en flor.
Fue el regalo de alegría
que les hizo el Padre Dios.

Y
colorín colorado
queridos niños del mundo
aquí el cuento se ha acabado
Para vosotros lo escribió un poeta
hace ya muchos años.